

## **SOBRE LA INTOLERANCIA Y LA PROHIBICIÓN: *LOS TOROS FURTIVOS, DE JAVIER VILLÁN***

VIRTUDES SERRANO  
*Universidad de Murcia*

Conocía la faceta lírica de Javier Villán, este crítico teatral y taurino, ilustrado y polifacético en su escritura valiosa y atinada. Conocía su bello e inquietante decir poético, en cuyos versos vacía sin reservas su alma y su pensamiento y, no obstante, me ha sorprendido este libro de relatos sobre la libertad y la intolerancia, sobre la represión y la fuga, sobre las tácticas de anulación de realidades que fueron y que se ordenan inexistentes. Porque, aunque estas páginas estén dedicadas a los toros, a la prohibición de las corridas, a la eliminación de su existencia pasada pero también futura, lo cierto es que hablan asimismo de todo lo anterior; del temor a perder la libertad conseguida (al menos eso creíamos haber logrado) con tanto esfuerzo<sup>1</sup>.

Debo confesar que no soy taurófila y, no obstante, me he sumergido sin reservas en la historia que Javier Villán traslada a sus relatos porque, con independencia del motor central de su argumento (la prohibición de las corridas de toros en Cataluña (resolución adoptada por el Parlamento Catalán, con 68 votos a favor, 55 en contra y 9 abstenciones en julio de 2010 y con efecto práctico en 2012), el tema de la libertad anulada gravita sobre todas estas historias y da cuerpo a los conflictos. Pere Gimferrer afirma en el Prólogo de la obra: “Tiempo atrás, casi todo fue clandestino”, y se pregunta: “¿Habrà, hoy, que acostumbrarse a otra clandestinidad?” (p. 7). La respuesta no resulta aún, y por fortuna, afirmativa aunque las historias trazadas por el autor suponen un toque de atención, entre sonrisas y temores, sobre lo que aún no ha sucedido pero...

En tres partes se articula la estructura del libro: “Anuncios y profecías”, “Días de catacumbas”, “El triunfo”. Dos historias componen la primera (“El atentado” y “Un ciudadano bajo sospecha”); tres forman la segunda (“La conspiración”, “Los clari-

---

<sup>1</sup> Javier Villán, *Los toros furtivos. Relatos de la clandestinidad taurina*, Prólogo, “Clandestinidad”, de Pere Gimferrer, ilustraciones de Gonzalo Torné, Madrid, Calambur, 2010.

nes de Iowa” y “Memoria sin huellas”); sólo una (“Clarines y timbales en la Plaza de San Pedro”), la tercera.

Es preciso indicar que cada una de las piezas de este original conjunto responde a una estética y a un sistema constructivo diferentes, pasando en ellas el autor de unos registros imaginativos y poéticos en las formas expresivas a otros de trazo más coloquial; de una expresión literaria cuajada de imágenes a otra, no menos elaborada, pero directa y aparentemente sencilla. Las estructuras también fluctúan de la metanarración distanciadora, cercana a la invención cervantina del manuscrito encontrado, al relato escueto, formulado desde una tercera persona, capaz por su omnisciencia de colocar ante el receptor el suceso.

*El atentado*, una historia de política-ficción, obedece en su construcción a la fórmula metanarrativa. Con tipografía diferente a la del corpus general del libro, unas palabras de la editorial dan cuenta del hallazgo de unas notas del autor donde se contemplan dos posibles finales. Así mismo en este preámbulo se afirma la realidad de la historia y los hechos que siguen: “El narrador conoció al protagonista de esta historia real sin asomo de invención” (p. 15).

Lo que se plantea no es otra cosa que la participación involuntaria (primer final) o voluntaria (segundo final) del novillero José Pulgar, *El niño de las Marismas*, en el atentado contra el “generalísimo”, también aludido como “el dictador”, al que acompaña la guardia mora, al pasar por una calle principal de Donostia, por donde sale a hombros el lidiador después de su faena. La diferente actitud del protagonista en cada una de las versiones y su destino en cada desenlace coloca al receptor ante la irónica polivalencia de dos realidades igualmente posibles e inciertas.

Con un estilo totalmente diferente se presenta *Un ciudadano bajo sospecha*, donde se cuenta en tercera persona la caída, pasión y muerte de Sebastián Villegas Zapata, un crítico taurino muy reputado y temido que, tras un error con sus entradas de protocolo en la plaza, llegará a la conclusión de que nadie lo tiene en cuenta. Tal certeza lo conduce por un camino de destrucción física y moral que terminará con él de forma sorprendente. El narrador, haciéndose eco de los pensamientos de su personaje, no omite expresiones toscas ni situaciones broncas, haciendo así gala de una gran ductilidad en el empleo de la lengua que se mueve de la expresión poética del relato anterior a la que configura el sistema expresivo de este.

En la segunda parte (*Días de catacumbas*) ya existe un “Movimiento Ibérico de Liberación Taurina” que intenta frenar desde la clandestinidad la eliminación de la memoria de la Fiesta. *La conspiración* vuelve a estar construida bajo la forma de un metarrelato. En esta secuencia, el narrador se desdobra y ficcionaliza al crítico taurino Javier Villán, como una de sus fuentes de información, junto con los archivos policiales y diversos testimonios conservados por la tradición oral. Con todo ello, el

equipo de investigación para la “Memoria Histórica de la Fiesta” pudo reconstruir los sucesos que forman el argumento. Las notas de Villán se salvaron gracias a un miembro francés del “Movimiento Ibérico de Liberación Taurina”, enlace del periodista, que las escondió, durante la persecución, en la embajada de Francia.

Con habilidad se enlazan las secuencias de los testimonios encontrados y las explicaciones sobre su elaboración literaria posterior. El “redactor” confecciona la historia oculta de la Asociación con nombres de personalidades reales de la sociedad española actual (entre los que se cuentan Albert Boadella, Salvador Távora, Alfonso Guerra, Luis María Ansón, Federico Jiménez Losantos, el propio Villán) que, desde distintos enfoques, defienden la existencia de la Fiesta, por oposición a los procedimientos represores y dictatoriales de los que es víctima. Todo ello se realiza en reuniones secretas y revolucionarias que tienen lugar en la Torre Picasso hasta que son descubiertos y queda desmantelada la organización por la policía. La peripecia de estos insurgentes podría ser la de los componentes de cualquier grupo antidictadura de las etapas de posguerra y las postrimerías del franquismo. La mirada a través del espejo cóncavo que el autor vierte sobre el tema de su historia une esta a esa larga tradición que ya se esboza en Hita y llega a Valle-Inclán.

Nuevamente un narrador al uso, desde la tercera persona, introduce al lector en el universo de *Los clarines de Iowa*, donde se cuenta cómo un profesor norteamericano viene a España con el deseo de ver una corrida de toros pero, a causa de la prohibición, habrá de entrar en contacto con la asociación clandestina que las mantiene activas, para cumplir su objetivo. El episodio posee el tratamiento de un relato de espionaje: anónimos, citas en clave, ocultamientos, objetos vedados que han de desaparecer; hasta la llegada a ciegas al lugar oculto donde ha de realizarse la corrida e, igualmente sin ver, la vuelta al aeropuerto que devolverá al curioso norteamericano a su país.

El tono humorístico que impregna toda la hiperbólica situación, los recursos de intriga, procedentes de los géneros policíacos, la agilidad para el manejo de los registros del relato hacen de él una pieza sumamente original en el conjunto.

El protagonismo de la tercera parte de este bloque corresponde a Antonio Ambrosio, un “teólogo eminente” que, a la muerte de su padre, recibe una extraordinaria herencia procedente de su abuelo, censor gubernamental de la época de la prohibición. Consistía el legado en una estancia secreta donde su antepasado guardó los tesoros artísticos, literarios y documentales que pudo rescatar de la quema purgativa de la actividad abolida: “El *Guernica* estaba allí, delante del último Ambrosio, y también los cientos de bocetos preparatorios de la obra” (p. 98); y allí se encontró Ambrosio con la *Tauromaquia*, de Goya y con libros y relatos sobre toreros ilustres, todo lo que podía servir para recordar que aquella profesión había

existido alguna vez. Por ello, lo más importante para el protagonista era encontrar el texto de la prohibición, porque al recuperarlo restituiría la existencia de algo borrado y hundido en el olvido. Como en los casos anteriores, el autor hace gala su pericia narrativa en la forma de describir los procedimientos político-policíacos con que se lleva a cabo la investigación pero también la represión, de tal manera que, como en el resto del libro, lo que sucede bien podría referirse a cualquier episodio de intolerancia desde la Inquisición a la dictadura.

*El triunfo*, título muy significativo de la tercera parte, que tiene como desarrollo el relato titulado *Clarines y timbales en la plaza de San Pedro*, es el sorprendente colofón, impregnado de humor e ironía de estas historias. Antonio Ambrosio, ahora inquisidor y revolucionario encubierto, hace testamento a favor del Vaticano de todo lo que posee, incluida la monumental pinacoteca taurina, a condición de que se realice una corrida de toros en la plaza de San Pedro, presidida por el Papa. De las soluciones de cada uno de los trances, así como de los admirables recovecos del desarrollo de los mismos, hago gracia al lector de estas líneas porque no sería justo eliminar la sorpresa que surge en cada página de este libro, donde Javier Villán ha sabido trasladar desde un tema concreto ideas y conflictos de índole general con destreza narrativa, distanciamiento humorístico y buen hacer literario.